

SILENCIO TOTAL

Pocas cosas le molestan más que el ruido. Ruido de máquinas, de autos, de radio y televisiones, de gente que ríe, grita, platica; de ollas de presión, de perros que ladran, de puertas que se cierran, pájaros que llenan el aire de gorjeos, de vendedores ambulantes que gritan a todo pulmón, de la lluvia cayendo sobre tejados de plástico, de grillos, de elevadores, de cohetes, de balas, de dolor, de llantos, de miedo. Miles y miles de ruidos todos mezclados, unos más intensos que otros.

Decidió irse de la ciudad por creer que se iba a volver loco con tanto ruido. En el campo fue igual. Ya no había coches pero sí vacas que mugían, tractores, ruido intenso de viento, rayos, además de los usuales en la ciudad y en el campo: perros, gente, radio, televisión.

Se fue a la montaña donde no hubiera vacas ni radios ni perros ni gente. Continuaba el ruido del viento, de la lluvia, de ramas al caer, de animales extraños.

Se encerró en una cueva pero ahí se seguían escuchando los ruidos del exterior, ya no tan molestos, pero seguían.

Cerró la entrada a la cueva con rocas dejando sólo un hueco para entrar y salir. Respiró tranquilo al casi no escuchar nada. Pero existía el casi. El mismo producía ruidos al respirar y sobre todo su corazón al latir. Aquí este último ruido se hizo intenso al no existir otros que lo opacaran. Lo oía día y noche. Seguía sin dormir por esta causa.

Tomó la decisión de suicidarse. El ruido de la pistola será el último que oiga, se dijo a sí mismo. Después silencio total.

Se dio el balazo que apenas alcanzó a escuchar antes de caer muerto. El ruido que hizo al caer ya no lo oyó.

Estaba feliz al ya no escuchar nada. Se arrepintió de no haberlo hecho antes. Esta dicha le duró poco. Empezó a oír pequeños ruidos que fueron

creciendo en intensidad cada día que pasaba hasta hacerse intensos. Eran los gusanos que se lo iban comiendo poco a poco.

Tomás Urtusástegui

Nov 2010